

La Cueva de la Higuera (Isla Plana, Cartagena) en el contexto del arte rupestre postpaleolítico mediterráneo

The *Higuera* cave (Isla Plana) in the context of post-palaeolithic mediterranean rock-art

Miguel Martínez Andreu*

Resumen

Se lleva a cabo una revisión del arte rupestre de esta estación prehistórica, que cuenta con un interesante depósito arqueológico en su interior. Las excavaciones de los últimos años han permitido documentar una amplia serie estratigráfica que se extiende desde el Paleolítico superior hasta nuestros días. Los materiales recuperados y sus contextos culturales, nos hacen reflexionar sobre la particular problemática del proceso de neolitización en el ámbito costero del sureste peninsular.

Palabras clave

Arte rupestre macroesquemático, Neolítico, Paleolítico superior, Mesolítico, pescadores, domesticación, colonización.

Abstract

We update the schematic rock art painting of this small cave, which has an interesting landfill. The most recent archaeological excavations has given proved a large stratigraphic series from the upper Palaeolithic to the present day. The recovered materials and its cultural context, they make us think about the particular problems of the neolithization process in the coast of the Iberian Peninsula.

Key words

Schematic rock art, Neolithic, upper Palaeolithic, Mesolithic, fishermen, domestication, colonization.

* Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.

INTRODUCCIÓN

Descubierta y bautizada en 1982 por el Centro Excursionista de Cartagena, la Cueva de la Higuera está situada en el sector central del golfo de Mazarrón, frente al islote que da nombre a la localidad de Isla Plana, en el término municipal de Cartagena (figs. 1 y 2). Pocos años después de su descubrimiento se publicaron dos breves reseñas (Martínez, 1985a, 1985b; Martínez y Sánchez

1986), pasando así a formar parte del aún por entonces reducido *corpus* de arte rupestre de la Provincia de Murcia.

Transcurridos casi treinta años desde que abordamos aquellos primeros trabajos, se hace necesaria una puesta al día en la que queden recogidos no solo los importantes cambios físicos sobrevenidos con las limpiezas y desbrozados realizados en el interior de la cueva, o los producidos por las excavaciones que se han llevado a cabo en los últimos años, sino también los debates que las nuevas propuestas teórico-metodológicas han suscitado en torno al arte rupestre postpaleolítico, y su particular incidencia de esta estación prehistórica.

Conscientes de esa indisoluble atadura que liga las manifestaciones pictóricas rupestres con el espacio socializado, no hemos querido dejar de plantear en este trabajo nuestra particular visión sobre el final de las sociedades cazadoras-recolectoras y la implantación de las formas de vida neolíticas en las tierras bajas del sureste, así como la repercusión de ese tránsito en el intrincado mundo del arte rupestre en el Mediterráneo peninsular.



Fig. 1. Situación de la Cueva de la Higuera.



Fig. 2. La bahía de Mazarrón desde el Puntal de la Azohía.

EL HALLAZGO EN SU CONTEXTO

En los años en que fue dada a conocer, la Cueva de la Higuera se encontraba semioculta por varios metros cúbicos de ripios, siendo únicamente practicable una pequeña parte de la sala central. El sector denominado como vestíbulo no era entonces mucho más que un estrecho hueco apenas transitable, colapsado por las piedras de un desvencijado murete de pastores, y por la enmarañada higuera crecida en su interior, la misma que inspiró a sus descubridores para dar nombre a la cueva, pese a que algunos vecinos la conocían por la de Los Cochinos, como más tarde supimos. La idea de que la cavidad se articulaba en tres compartimentos más o menos aislados e independientes, como en un principio llegamos a suponer, pronto cedió ante la evidencia de un único espacio con tres accesos diferenciados (fig. 3), pasando de ser poco más que un abrigo rocoso entonces, a una cueva con vocación de sima en la actualidad.

Alejada aquella amenaza que terminó casi sepultándola con las piedras vertidas desde los campos de labor que se extendían ladera abajo, la cueva de La Higuera

afronta hoy nuevos retos que afectan esencialmente al paisaje de su entorno, profundamente transformado por un urbanismo que crece desmesurado, sin modelo ni norma, que en pocos años ha avanzado hasta aposentarse a los pies mismos de la cueva (fig. 4a).

Las primeras intervenciones con obreros contratados al amparo de los convenios INEM-Corporaciones Locales, permitieron a mediados de los ochenta evacuar varias toneladas de piedras de su interior, desbrozar una espesa vegetación de matorral, y podar la opulenta higuera en la que los componentes del grupo de espeleólogos se inspiraron para dar nombre a la oquedad, tareas todas ellas decisivas para acometer los trabajos que hoy están en marcha.

Nuevas y más atentas observaciones, tomas fotográficas realizadas con luz ultravioleta, así como imágenes obtenidas por reflectografía infrarroja (figs. 4d / 15 a-b), nos autorizan hoy a validar al antropomorfo de color rojo como la única representación de arte rupestre positivamente identificada en la cavidad. La segunda figura, atribuida a un supuesto y extraño cáprido para el que ya

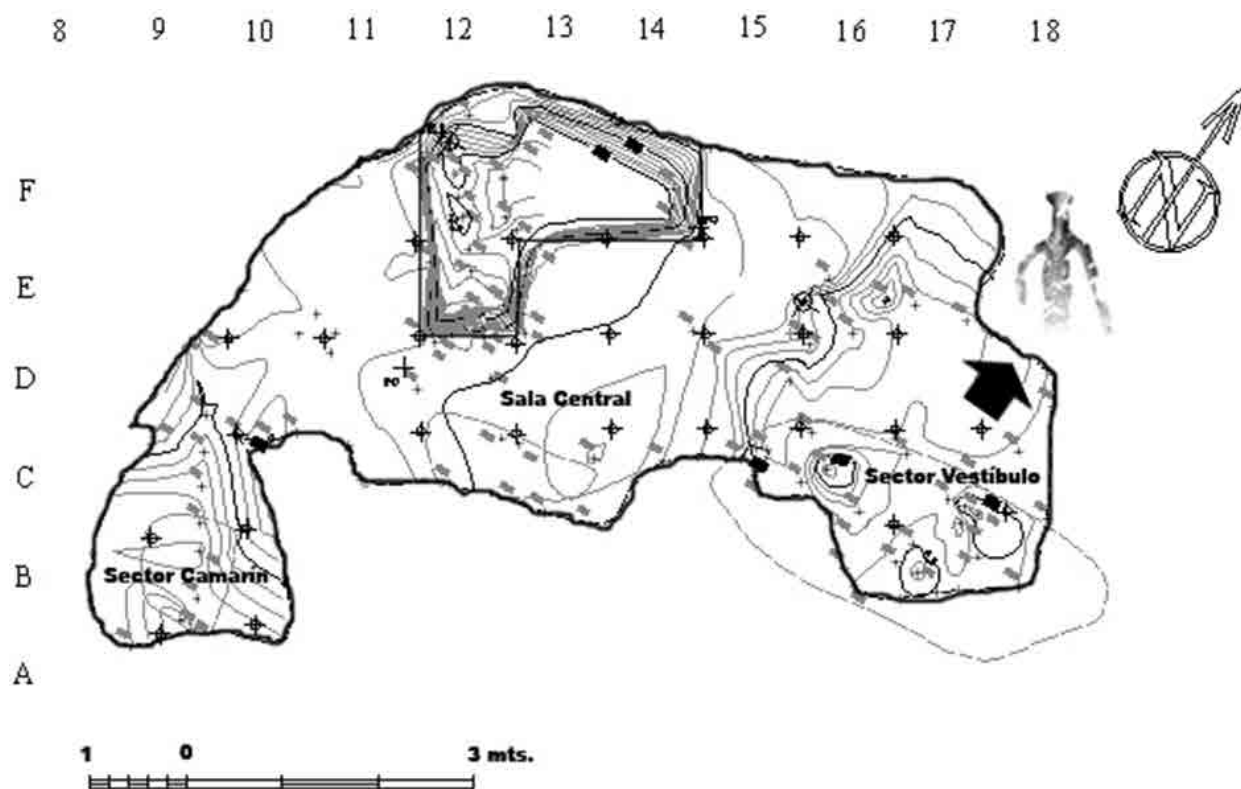


Fig. 3. Cueva de la Higuera. Planta a cota 54.229 (s.n.m.). Topografía de Tomás Morilla Sánchez.



Fig. 4a. Acceso a la sala central. a la izquierda, las urbanizaciones de Isla Plana con el mar tras ellas.



Fig. 4b. Interior de la cavidad. En primer término la sala central y al fondo el vestíbulo.



Fig. 4c. Trabajos de excavación en los niveles paleolíticos de la sala central. Cuadros 13 y 14 F.



Fig. 4d. Pruebas de reflectografía infrarroja aplicadas sobre las paredes de la cavidad, llevadas a cabo por el Centro de Restauración de la Consejería de Cultura.

entonces no encontrábamos paralelos (Martínez y Sánchez, 1986), ha de quedar descartada como manifestación pictográfica y ser con justicia rebajada a la categoría de los sugerentes caprichos de la pigmentación natural de la roca, la misma que ya nos hizo sospechar de unos trazos que con grandes interrogantes asignamos a otra posible pintura. (Martínez, 1985: 89).

A los progresos en la recreación de su contorno, se une el no menos importante de la cultura material que encierra su depósito, especialmente intenso en lo que respecta a los períodos paleolítico, neolítico y romanización. La peculiar disposición de la figura antropomorfa, justo en el lugar más visible en términos de frontalidad, le otorga un inusitado protagonismo que hasta ahora había pasado casi inadvertido debido a la colmatación del vestíbulo. Las mejoras han sido sustanciales también en este sector durante los últimos años, haciendo posible el tránsito por un lugar hasta hace poco impracticable.

Como es de suponer, el tema de la autoría de la figura no queda incontrovertiblemente resuelto teniendo la cavidad registros tan dilatados en el tiempo. No obstante, los datos hasta ahora recogidos en el curso de las excavaciones arrojan bastante luz, y nos permiten conjeturar con cierta autoridad a propósito de esta cuestión. En primer lugar, es preciso señalar que las ocupaciones coetáneas a la Guerra Civil, con fines militares (han sido hallados varios peines de cartuchos y munición diversa), se realizaron cuando la cavidad presentaba un considerable grado de colmatación, y otro tanto cabe decir de las más recientes, atribuidas a una familia de emigrantes de Almería llegada para trabajar en la pesca de la Almadraba (Gómez, 2005), que se aposentó temporalmente a mediados de los años cuarenta, y cuyos rastros también han pasado a formar parte del registro del yacimiento. En ninguna de las dos ocupaciones citadas la circulación permitía un acceso cómodo al panel en el que se encuentra la figura.

El episodio vinculado a la romanización, el siguiente en sentido descendente, contó con un espacio más diáfano, siendo la entrada del vestíbulo el lugar escogido en aquel momento para componer un pequeño e improvisado taller de fundición de plomo, que poco caso debió hacer a aquella mancha roja que tan toscamente representaba a una figura humana, si es que acaso repararon en ella.

El horizonte neolítico es en este punto mucho más esclarecedor: el tránsito del vestíbulo se acomoda perfectamente al paso, y la altura de la pintura, a la posición más razonable para su ejecución. Los hallazgos de cultura material realizados en las últimas campañas plantean unos sugestivos y convincentes vínculos entre la pintura, un fragmento de cerámica impresa (fig.6 nº 34) y algunos trozos de ocre rojo hallados justamente al pie de la figura durante las excavaciones. Ciertamente es que los óxidos tienen usos y aplicaciones muy variadas (desgrasantes para el raspado y tratamiento de pieles, colorantes, aglutinantes, etc.) pero nada desdice su aplicación con ese propósito, ni por el momento se nos ocurre otra más plausible. Ejemplos similares y cercanos de ocre hallados al pie de paneles se han documentado en los contextos neolíticos de La Serreta (J. Salmerón y J. Lomba, 1995: 108) y El Pozo (C. Martínez Sánchez, 2005: 240).

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

La diferente proporción de áreas excavadas dentro del yacimiento, no nos permite valorar con igual precisión todas las etapas que aquí están representadas. Los episodios correspondientes a las ocupaciones paleolíticas, únicamente alcanzados en dos cuadros 13 y 14 F, han dado un repertorio industrial denso, aunque con pocos efectivos computados debido a la escasa superficie sometida a excavación, sobre todo si se compara con los aportados por la secuencia neolítica, la de romanización o las de época moderna y contemporánea, que han sido mucho más ampliamente sondeadas. Dicho esto, hay que añadir que la serie estratigráfica del yacimiento, atendiendo a criterios de espesor, apunta hacia la existencia de una rica y potente serie sedimentaria paleolítica en la sala central.

La configuración de la cavidad, inicialmente articulada en tres estancias que correspondían a otros tantos espacios aparentemente independientes (vestíbulo, central y camarín) se ha mantenido, a pesar de que la progresión de los trabajos tiende a mostrarnos un único espacio conformado por tres ambientes intercomunicados.

De techo a muro, la estratigrafía de la Cueva de la Higuera se distribuye del siguiente modo:

HORIZONTE CONTEMPORÁNEO: FASE I

Corresponde a la ocupación más reciente de la cavidad, si exceptuamos la colmatación con piedras practicada a mediados del siglo XX, y se asocia según los testimonios de algunos vecinos, (Sánchez Vizcaino, 2003) a un episodio temporal de mediados de los años cuarenta, momento en que fue habitada por aquella familia de pescadores a la que anteriormente nos hemos referido. De esa ocupación nos han llegado varios fragmentos cerámicos, como tazas, platos, algunos vidrios, y otros objetos domésticos, entre ellos unas tenazas y un cubo de cinc.

HORIZONTE CONTEMPORÁNEO: FASE II

Descansa bajo la anterior, y tiene una menor presencia de evidencias materiales, que se ciñen al sector del vestíbulo y se concretan en varios peines intactos de munición de fusil Mauser, además de otros cartuchos de armas similares, alguno ya disparado. Esta ocupación

parece ligada a los acontecimientos de la Guerra Civil española, y más concretamente al destacamento que atendía una pequeña batería antisubmarina en el centro de la isla que da nombre a la localidad, del que este lugar bien pudo ser un puesto de vigilancia por el amplio campo visual que domina.

HORIZONTE MODERNO:

Está representado por algunos fragmentos cerámicos, ollas, platos y cuencos, que fechan esta ocupación entre los siglos XVI y XVII, momento que coincide con el importante crecimiento demográfico que experimentó toda la comarca tras ser designada Cartagena como base de galeras por la monarquía. La presencia de un fuerte contingente militar en torno a la plaza, y el control de los espacios marítimos cercanos a ella, no solo facilitó la repoblación de los sectores costeros, que hasta entonces había estado muy limitada por las constantes amenazas de los piratas berberiscos, sino que afianzó la seguridad de los nuevos colonos, en su mayor parte pescadores. A este momento pertenecen, entre otras evidencias cerámicas, una forma cerrada informe de vidrio violáceo fechada a mediados del siglo XVI y un borde de la forma Matilla IV de comienzos del siglo XVII.

HORIZONTE DE ROMANIZACIÓN:

Cuenta con dos tramos secuenciados, sin grandes rupturas aparentes, que corresponden a otras tantas ocupaciones de la cavidad, y que por el momento han sido localizados en el sector del vestíbulo. El más superficial de ellos es de cronología bajo imperial y a él se asocian algunos materiales cerámicos de factura tosca de producción local o regional, como ollas, cuencos y platos, que abarcan un abanico cronológico comprendido entre los siglos IV y V d.C. También a este nivel tardorromano pertenece una pequeña moneda, un *nummus* de Constancio II, fechado a mediados del siglo IV d.C.

Coincidiendo con esta ocupación, el vestíbulo de la cavidad experimentó algunas pequeñas reformas de carácter doméstico con el propósito de hacer más cómoda la estancia, de las que han quedado algunos rastros, como el tosco enlosado de piedras, y un murete de cerramiento que en algún momento se desmoronó sobre el vestíbulo sin que volviera a ser repuesto. El hallazgo de una estructura de combustión sobre los cuadros 15 y 16-C y algunos fragmentos de escorias de plomo en el

18-C, inequívocamente licuadas por fundición y solidificadas tras un rápido enfriamiento en ese mismo lugar, nos hacen sospechar de la existencia de algún taller de pequeña producción, quizás para el autoabastecimiento de objetos de plomo ligados a las artes de la pesca, o tal vez al pequeño comercio.

El segundo momento de la romanización, más antiguo aunque algo menos intenso, descansa bajo el anterior. No tenemos asociados a este episodio aditamentos ni estructuras en la cavidad, o si las hubo no ha quedado de ellas rastro alguno, lo que nos hace sospechar que la cueva se habitó tal como se encontraba en ese momento, algo que nada tiene de extraño dadas sus excelentes condiciones naturales. Por otra parte, la ocupación de cuevas y abrigos rocosos en toda la costa ha sido una práctica muy extendida durante el largo período de la romanización, y no solo como hábitats singulares, santuarios o eremitorios, sino también como espacios domésticos; tanto más en la costa, donde los cotos mineros del cinturón montañoso litoral de Cartagena y Mazarrón, junto con la pesca artesanal, exigían importantes contingentes de mano de obra; obreros y/o esclavos, algunos de ellos seguramente abocados al uso de este tipo de hábitats rupestres.

Como era de suponer, los materiales asociados a esta banda temporal, se alejan de aquellas formas cerámicas habituales en las vajillas de mesa de la vecina y cosmopolita ciudad romana de Carthago Nova, estando aquí solo presentes las más comunes de cocina, de clara producción local, algunos recipientes y las ánforas. Entre estas últimas hay que destacar varios fragmentos de formas PE 17, de origen púnico-ebusitano, que fijan una cronología de comienzos del siglo II a.C. totalmente ajustada a esa temprana romanización que la comarca experimentó tras ser ganada para Roma por Escipión, un hecho que refrendan otras formas anfóricas republicanas itálicas encontradas aquí (de producción Apula) datables a mediados del siglo II a.C. y algún fragmento de cerámica pintada indígena. La continuidad del hábitat queda testimoniada por otras producciones, como Dressel I, que nos llevan hasta el siglo I a.C., pasando por algunos fragmentos de cubilete de paredes finas (cambio de era) hasta alcanzar el siglo IV d.C. con alguna forma de T.S. Africana D 61A. Un extenso período cronológico que vuelve a referimos a esas bondades

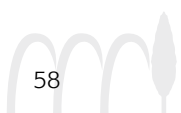
que secularmente la cueva ha ofrecido para el hábitat, y a su estratégica situación en la bahía de Isla Plana.

HORIZONTE NEOLÍTICO

Es sin duda uno de los momentos más densos e intensos de la ocupación de la cueva, y consiguientemente, de los que más evidencias contabiliza en el registro arqueológico (figs. 5 a 9). A falta de dataciones radiocarbónicas y de un estudio antracológico, aún por concluir, podemos afirmar que se trata de un momento antiguo, carente de formas cerámicas cardiales, pero con una excelente representación de temas impresos, muy en la línea de las estaciones que caracterizan a lo que algunos autores (Bernabeu, 2002) calificaron dentro del complejo impreso-cardial como fase neolítica Ib.

El uso de la cavidad tiene ya en ese momento algo restringida la comunicación entre el sector del camarín y la sala central, siendo ésta última y el vestíbulo las áreas preferentes para hábitat y tránsito. Es precisamente ese estrecho corredor que une los dos ambientes, el que fue utilizado para componer un cuidado vaciadero acotado en su perímetro exterior por unas hiladas de piedras planas, sirviendo como fondo del mismo la pared rocosa de la cavidad. El conjunto del vaciadero (cuadros 9E-9D) apenas supera un metro cuadrado de superficie, y algo menos de un metro cúbico de volumen, pero en su interior se acumularon vertidos que nos permiten tratar a este conjunto cerrado como un interesante hallazgo, tanto por la cantidad como por la variedad de materiales que conserva, algunos de ellos recogidos en las figuras 7, 8, y 9.

Del conjunto cabe señalar la heterogeneidad de los restos allí arrojados, exponentes al fin y al cabo de las actividades practicadas por el grupo. Como dato curioso, anotar la presencia de abundantes guijarros de playa, muchos de ellos de tamaño minúsculo, que nos hacen sospechar del uso de algún tipo de nasa como arte de pesca, en la que debieron quedar atrapados esos pequeños guijarros. Las vértebras de peces son bastante abundantes, como también lo son las conchas marinas, algunas traídas como aporte a la dieta, y otras por su carácter estético-ornamental —o quién sabe si funcional— como es el caso de un gran ejemplar de *Cymatium corrugatum*, que bien pudo ser usado como bucinador. Todas estas evidencias, ligadas a la pesca y al marisqueo, parecen tener un importante peso específico para



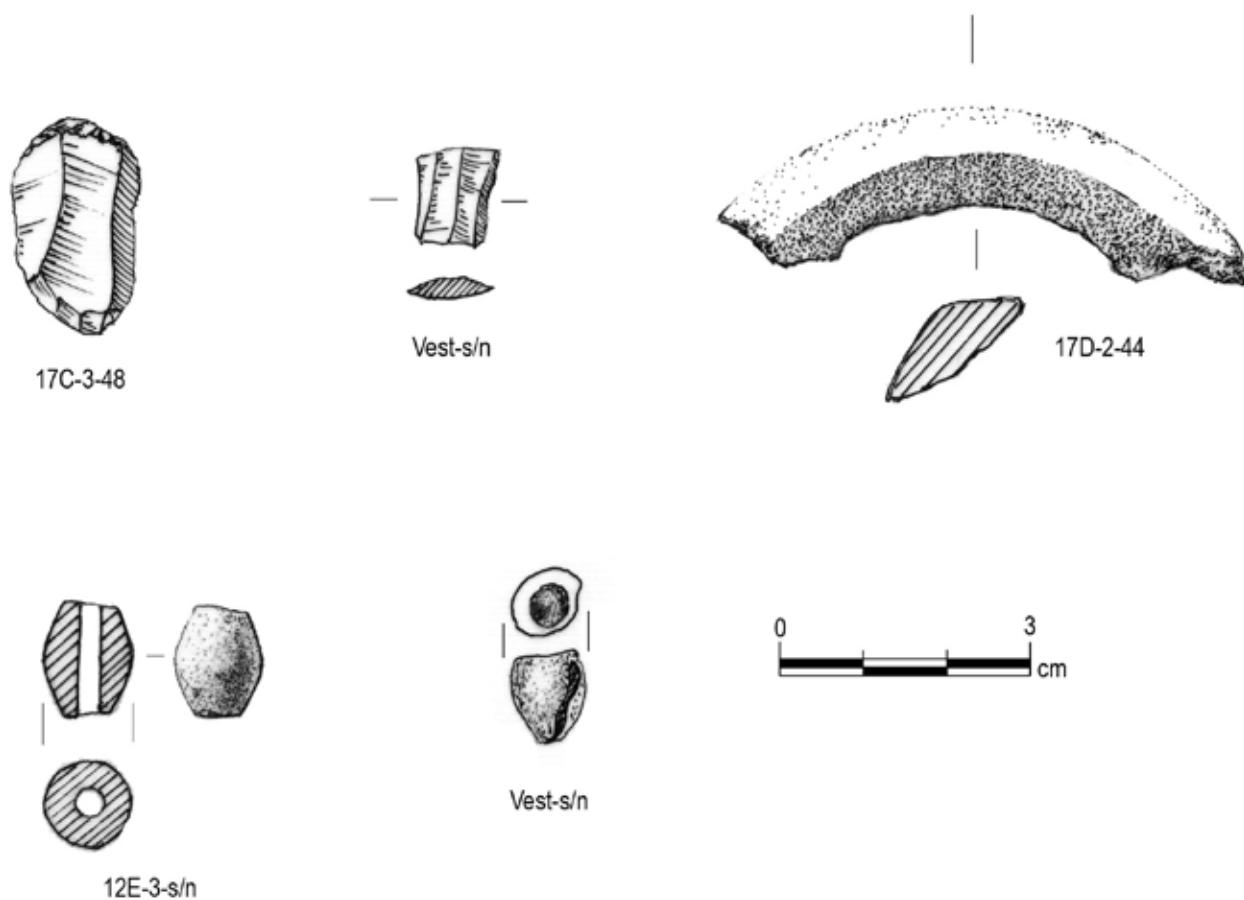


Fig. 5. Neolítico. Vestíbulo.

el grupo, que en ningún momento oculta esa estrecha ligazón marítima, presente incluso hasta en el modo de obtener los abalorios, en su mayor parte ejecutados desde materias primas con ese origen, como es el caso de algunas cuentas de collar confeccionadas por abrasión a partir de las valvas de *Cerastoderma*, (fig. 7, nº 157 y 163) o el fragmento de pulsera compuesta, ejecutada en un fragmento pulido de *Glycymeris* (fig. 5, nº 44), además de las pequeñas conchas perforadas de *Collumbella rustica*, un clásico en este tipo de ornatos.

El escaso protagonismo que las actividades agrícolas dejan sentir en la Cueva de la Higuera, donde no se han encontrado cereales hasta el momento, no parece solo la consecuencia de unos suelos pedregosos de escaso porte marcados por la aridez de la comarca, un hecho que en absoluto parece reciente, sino también -y sobre todo- el resultado de una acción grupal encaminada a la provisión de una de las más importantes fuentes proteínicas: la pesca. Es muy posible que La Higuera formase

parte de un complejo sistema de explotación territorial, complementario de otros escenarios geográficos, donde este emplazamiento situado al borde del mar cobraría pleno sentido; un lugar más en esa variedad de escenarios tendentes a optimizar la gestión de los recursos, en el que también debieron llevarse a cabo otras actividades de carácter religioso, funerario, o incluso de cohesión social, tal como se ha señalado para la vecina región valenciana en contextos neolíticos tempranos (Soler Díaz, 2012), coincidiendo en todos los casos con el arte marcoesquemático.

La presencia de algunos restos óseos de animales domésticos en La Higuera, avalada por varios fragmentos de oveja en el sector del vestíbulo, no contradice en absoluto su decidida vocación marítima, sino que más bien la complementa, dotándola de una coherencia formal en el marco de la neolitización temprana, donde una pequeña cabaña de ovejas y cabras adaptadas al ramoneo, junto con algún cerdo (si así lo confirmara el fragmento quemado de una falange distal de suido)

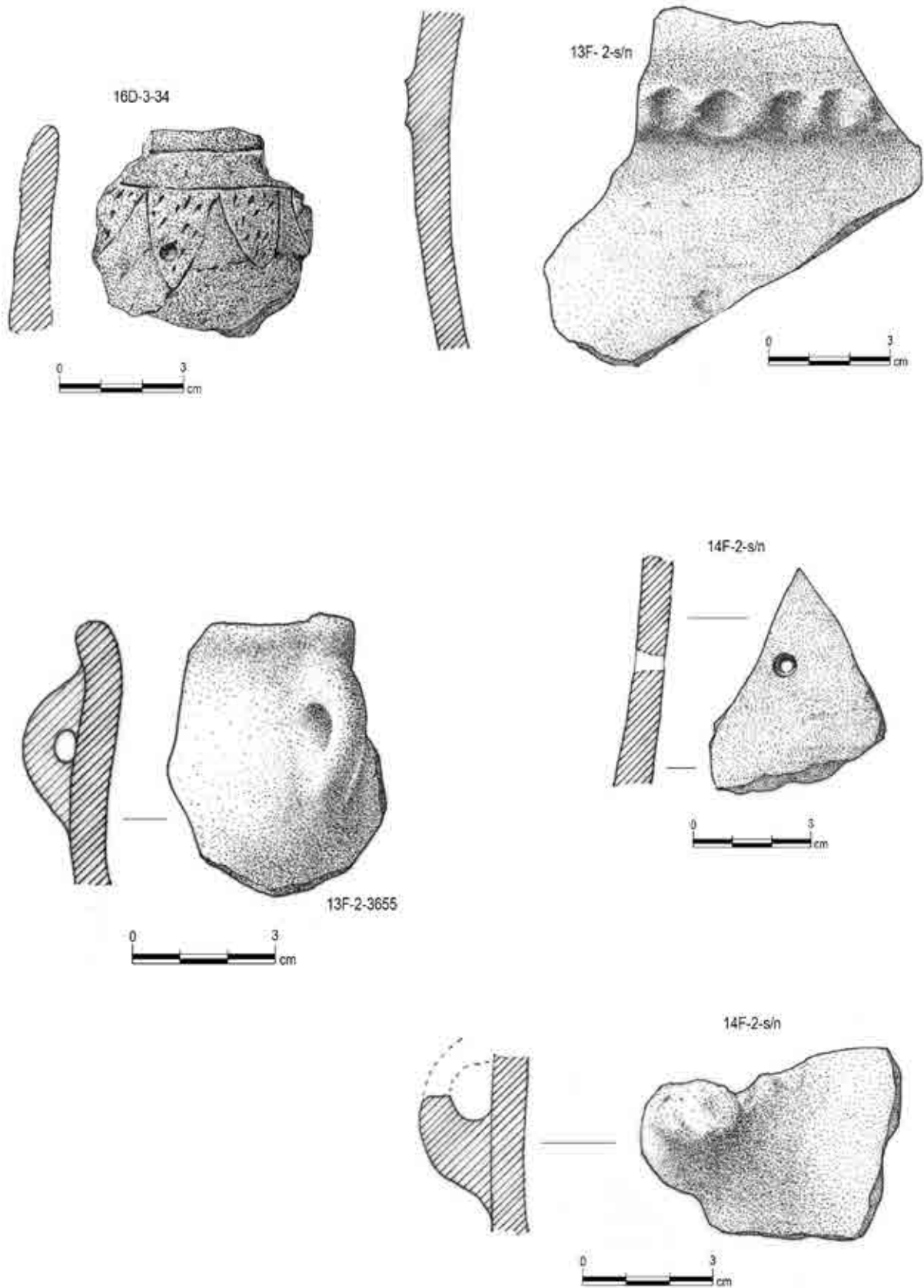


Fig. 6. Neolítico. Vestíbulo y Sala central.

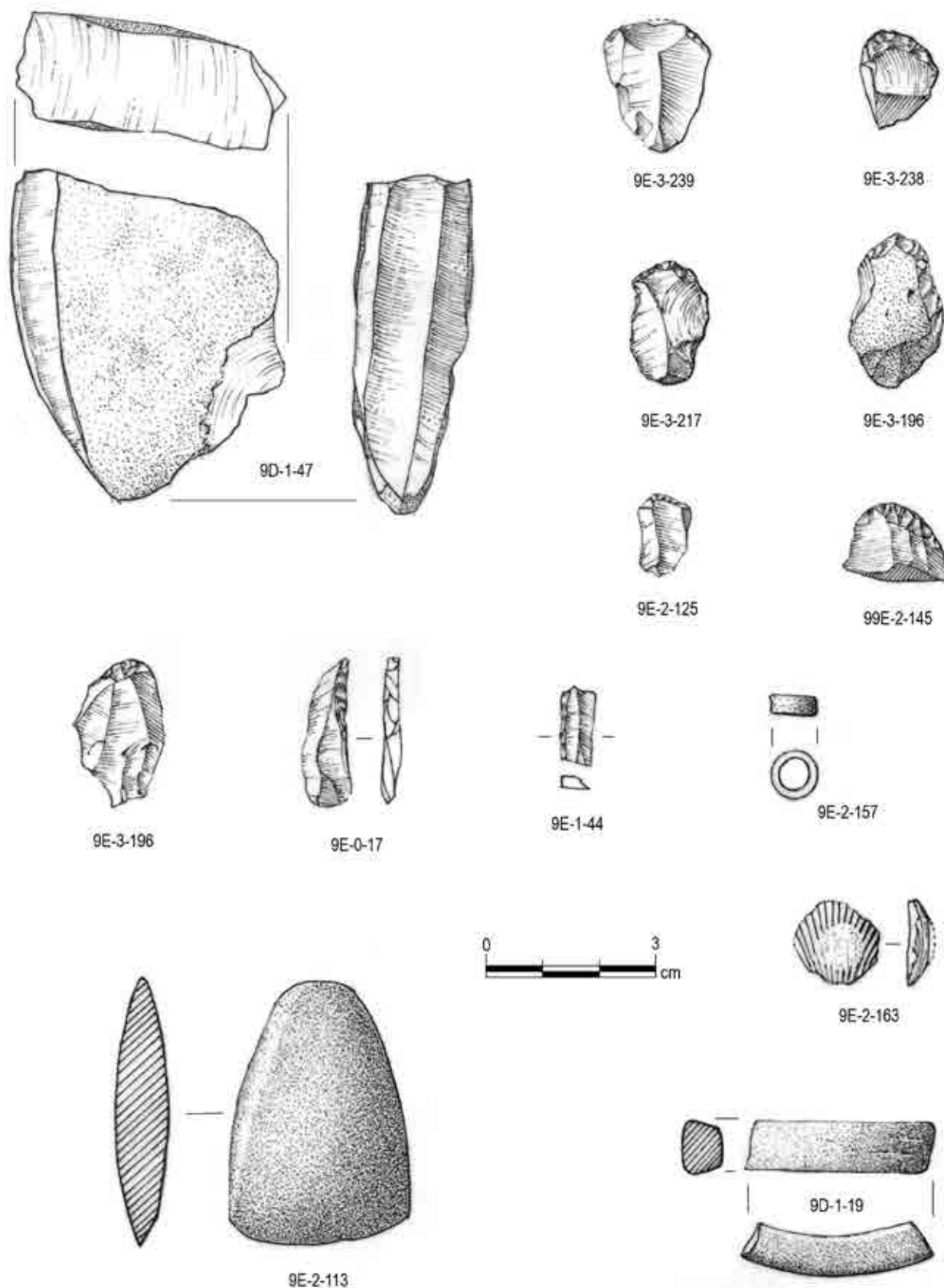


Fig. 7. Neolítico. Vaciadero (I).

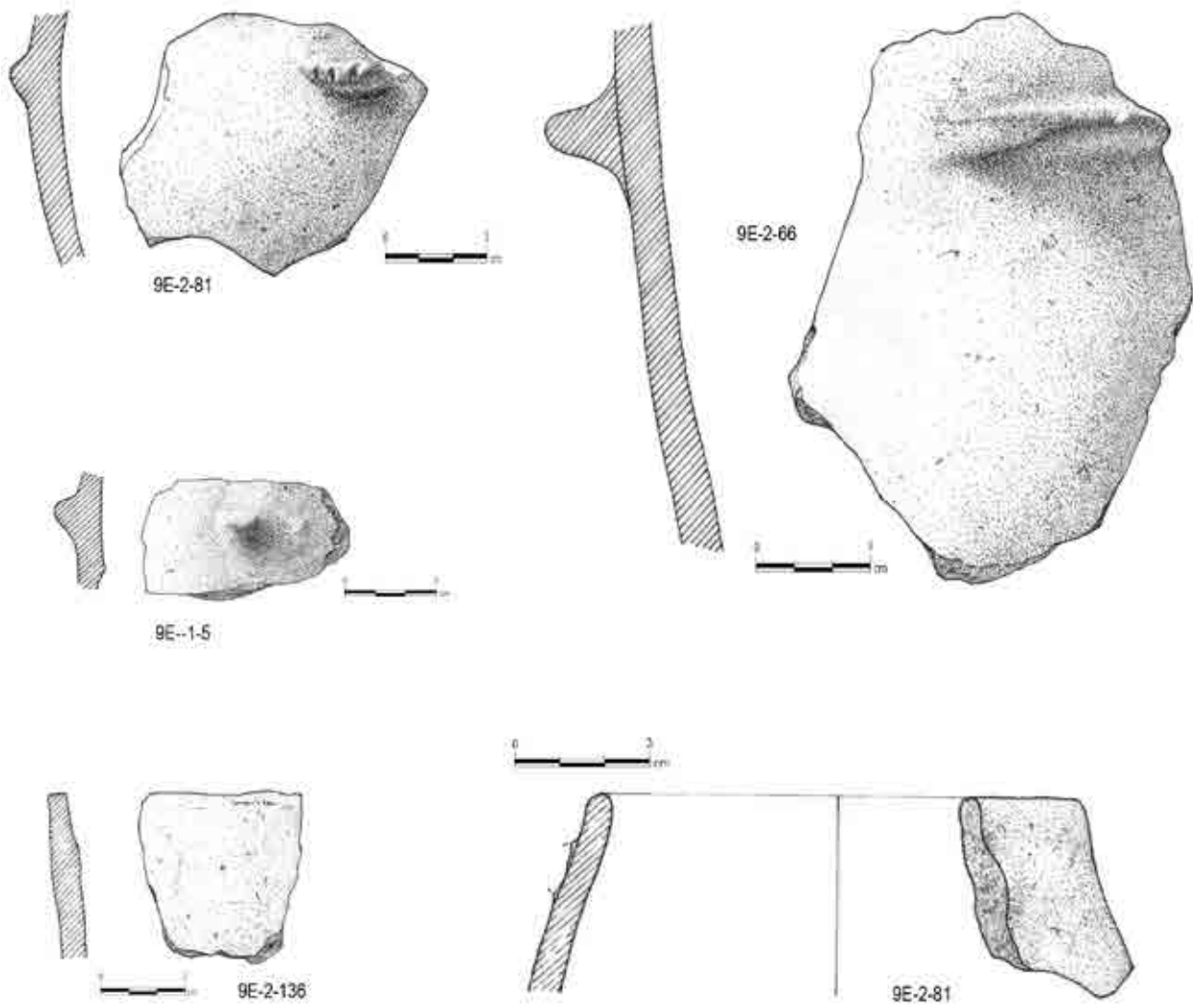


Fig. 8. Neolítico. Vacadero (II).

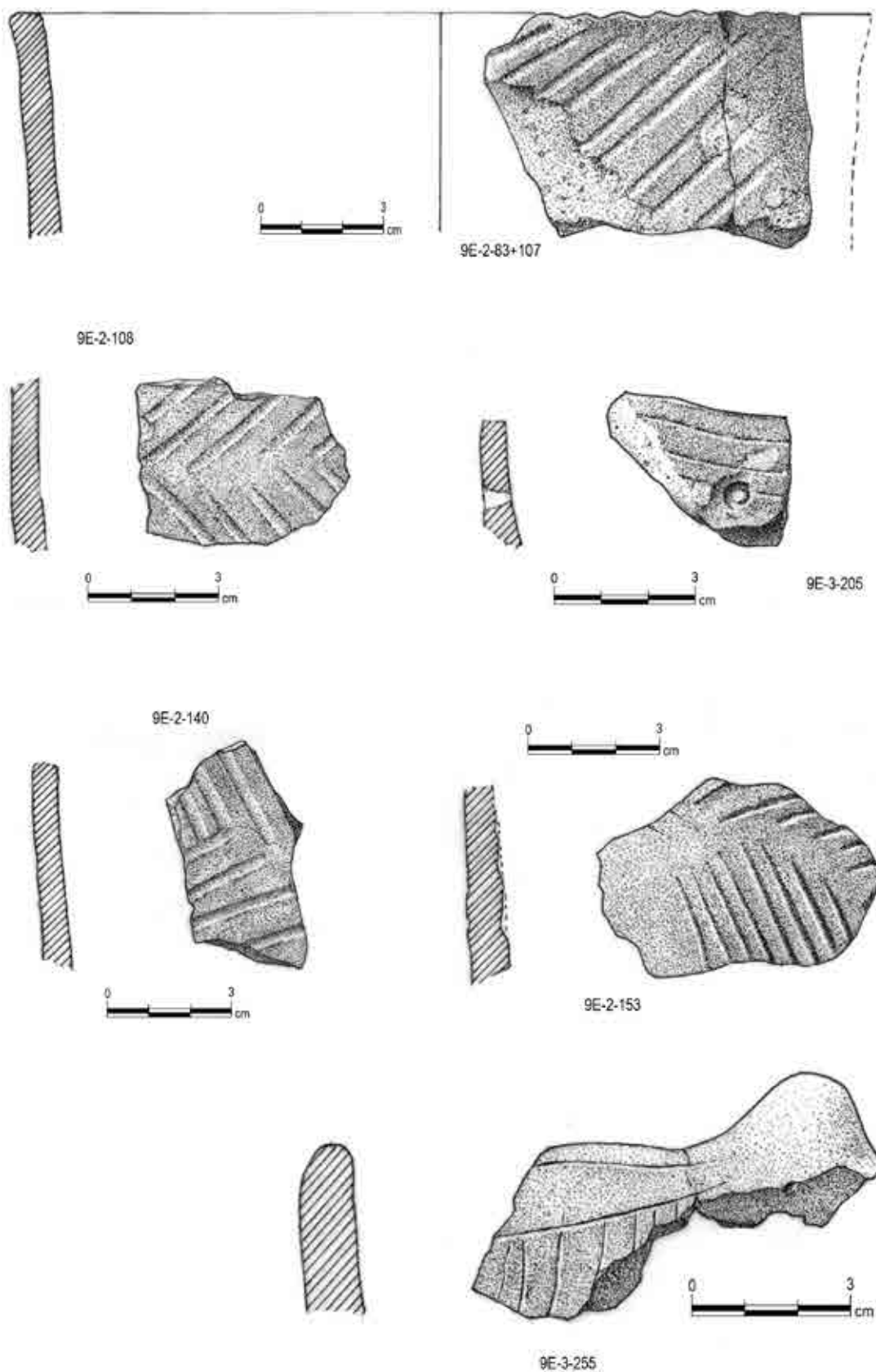


Fig. 9. Neolítico. Vacidero (III).

además del trampeo y captura de lagomorfos, posibilitarían una larga y dilatada estabilidad temporal al hábitat, tal como lo prueba el hecho de que dispusieran de ese pequeño pozo vertedero en el interior de la cavidad, que fue deliberadamente sellado tras su colmatación, signo inequívoco de un manifiesto deseo de persistir en la ocupación.

HORIZONTE PALEOLÍTICO

El escaso perímetro sondeado (cuadros 13 y 14 F) no nos autoriza demasiadas precisiones, pero los rasgos generales de la industria lítica apuntan a una fase avanzada del Paleolítico superior no muy alejada de ese Magdaleniense mediterráneo que se extiende por toda la costa peninsular. Es verdad que se echa en falta la industria ósea más característica (la poca extensión excavada no da para más) pero aún siendo cierto lo anterior, no lo es menos que en ese escueto repertorio de huesos trabajados sí que están presentes algunos

elementos que se encuadran en él, como el extremo distal de una aguja (fig.13 nº 8304) y una diáfisis aguzada a modo de punzón (fig. 13 nº 3- s/n).

En lo lítico, (figs.11 a 14) una más que digna representación de laminitas de borde abatido, una buena presencia de láminas con retoque, algunos buriles diedros de excelente factura, y los raspadores, que son aquí los elementos más numerosos del cortejo, dibujan un horizonte industrial muy en la línea de otros yacimientos costeros cercanos, como es el caso del Algarrobo (Mazarrón).

Una vez más, el repertorio de materias primas se nos muestra en La Higuera perfectamente calibrado en una jerarquía donde los jaspes de tonos melados, probablemente originarios de la comarca de Vélez Blanco, encabezan las mejores facturas. El cortejo lítico está secundado por unas variadas materias locales (cuarzo, cristal de roca, y limonitas jaspóides) que se posicionan con

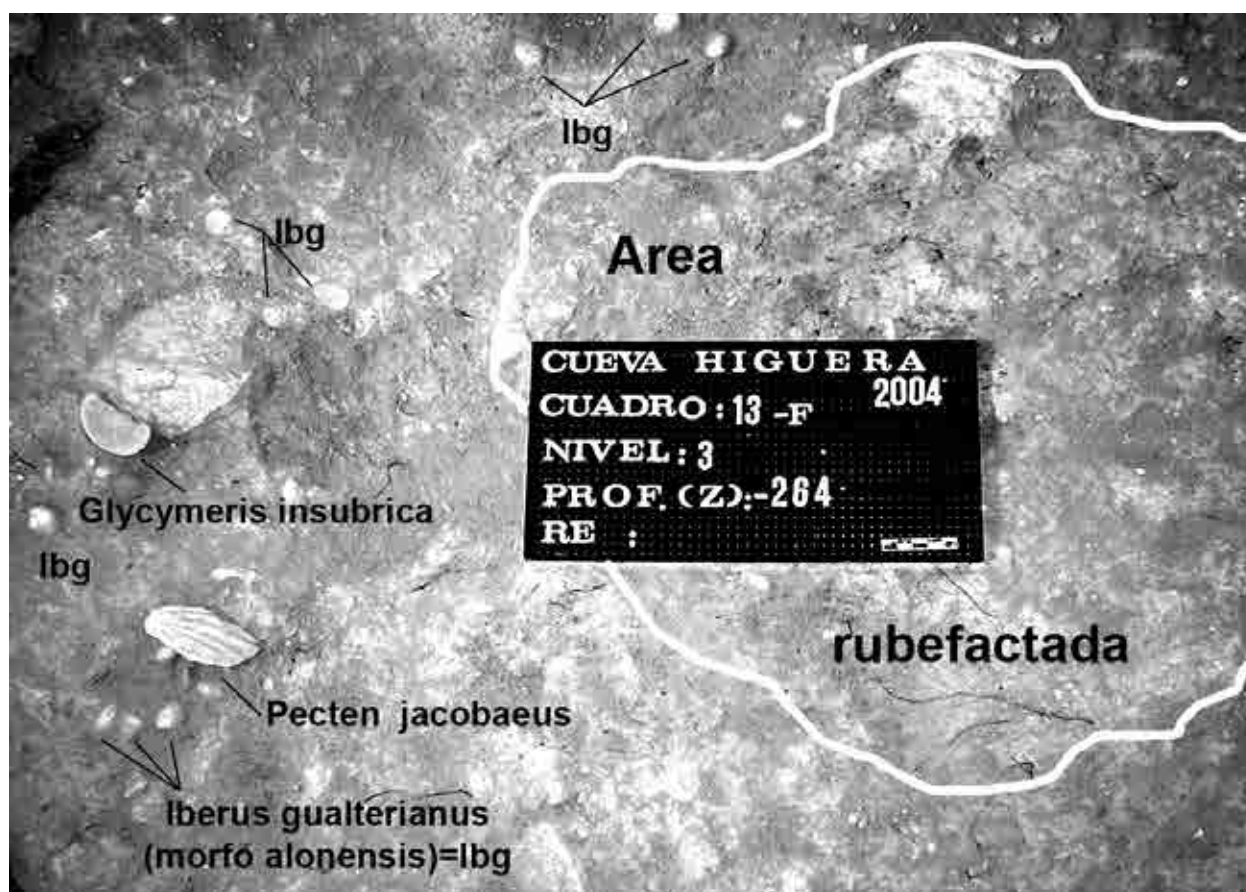


Fig. 10. Suelo de ocupación del cuadro 13 F. Paleolítico superior.

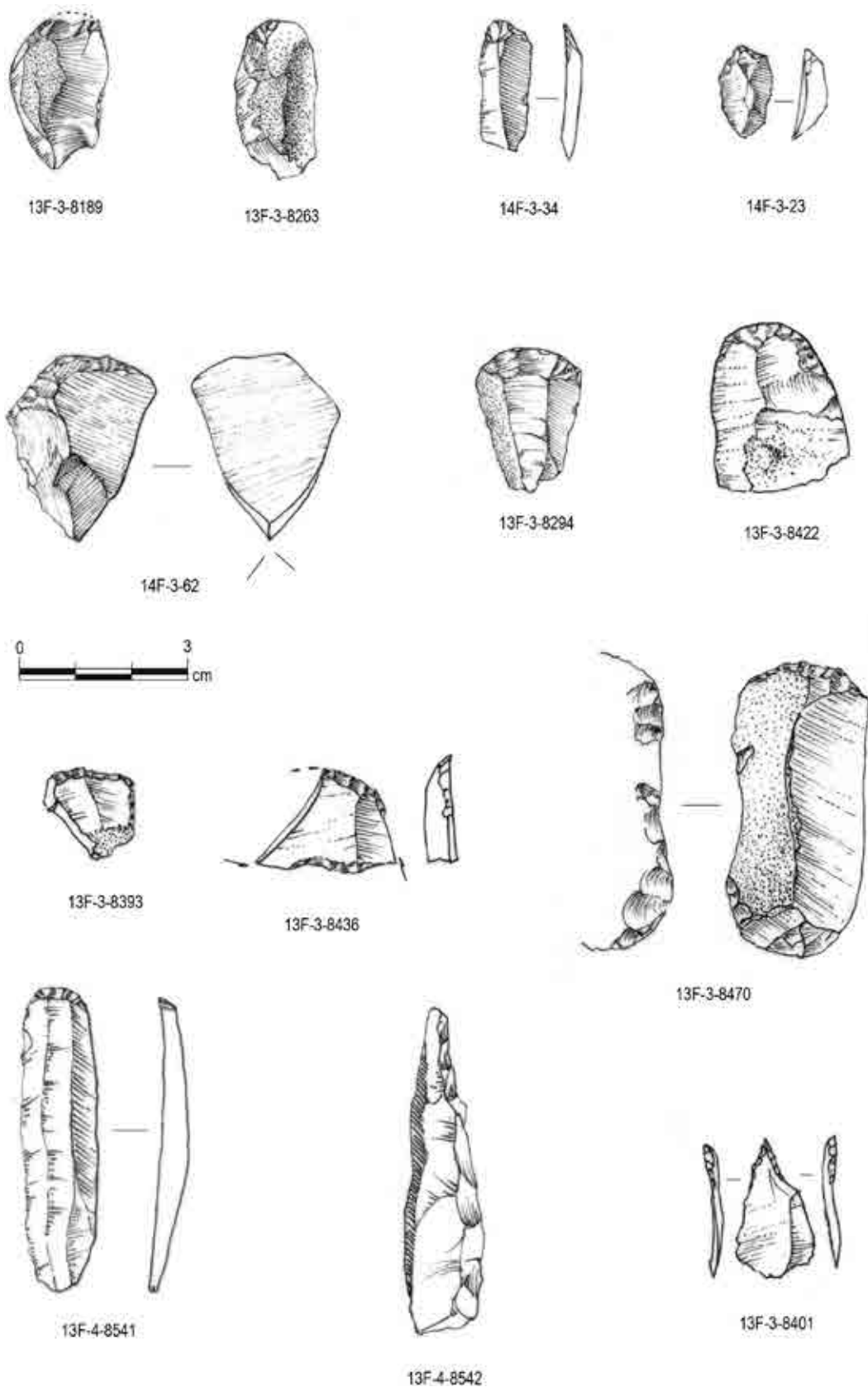


Fig. 11. Industria lítica. Paleolítico superior.

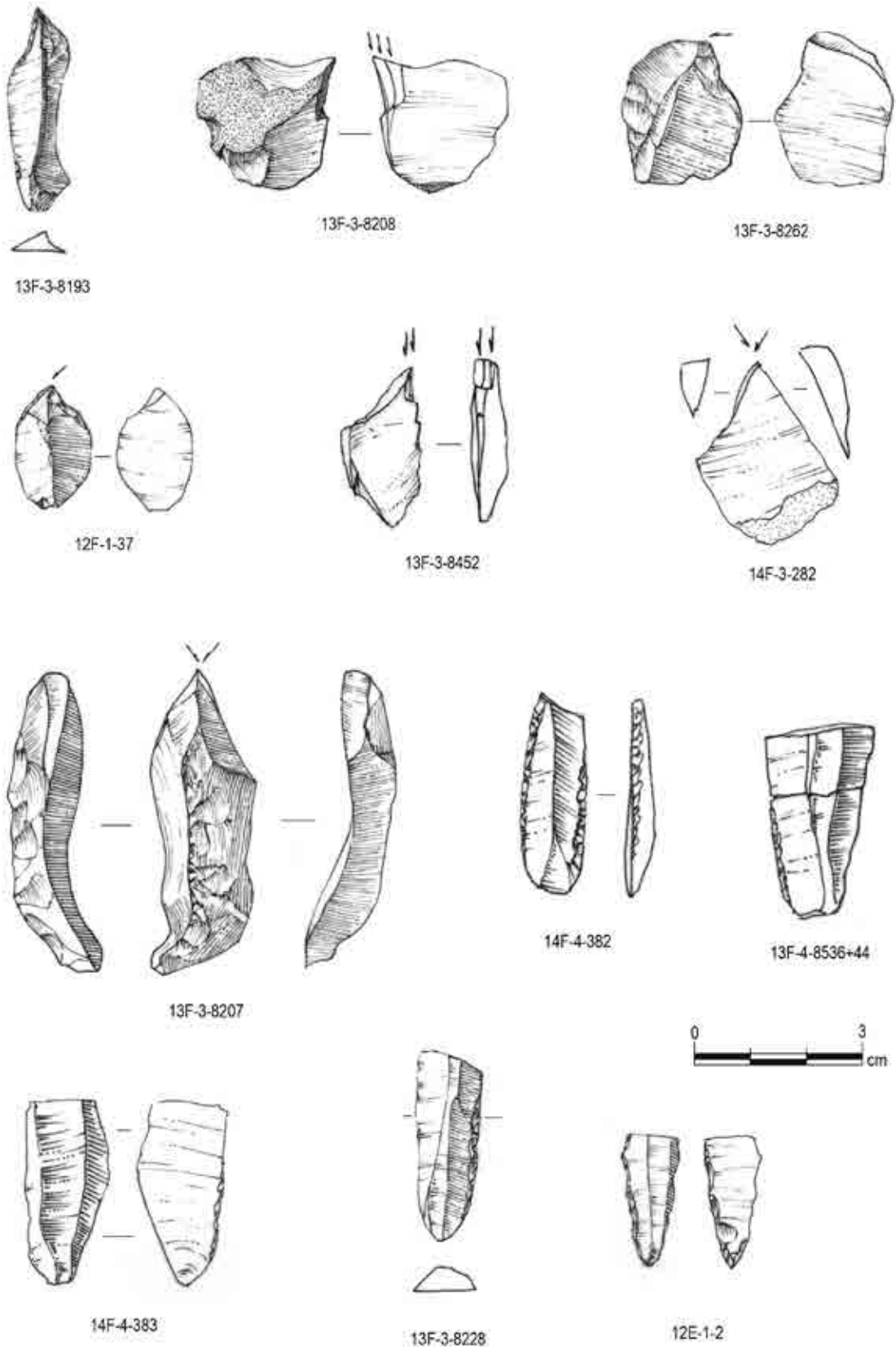


Fig. 12. Industria lítica. Paleolítico superior.

un buen número de evidencias, en tanto que la cadena operativa se perfila con una ejecución brillante en resultados, donde lo laminar queda patente en toda la producción, con un especial énfasis en los soportes de raspadores (fig. 11 n° 8541, 8470, 8294), exponentes inequívocos de esa cuidada preparación que barruntan algunas láminas con cresta (fig. 11 n° 8542, fig. 12 n° 8207) y los núcleos.

La base del nivel 3 de la secuencia de La Higuera, a una cota (s.n.m.) de 51,26 mts. es el horizonte paleolítico más profundo alcanzado hasta ahora, y en él se encuadran los materiales anteriormente descritos, no lejos de una estructura de combustión que asoma en el cuadro 13F, junto a la pared rocosa (51,47 mts.) en la que no es difícil reconocer los fenómenos de rubefacción que sufrieron los sedimentos, y las tonalidades cenicientas que subyacen en la base (fig. 10). Alrededor de esta estructura aparecen algunos cantos rodados y fragmentos de ocre, unos pocos restos óseos de macromamíferos, y el raspador doble de la figura 12 n° 8470.

Si en algún rasgo destaca todo este conjunto de evidencias paleolíticas, no es otro que en la uniformidad cualitativa y cuantitativa de su composición. Un reparto que

empieza a cobrar verdadero sentido cuando se compara con otras series comarcales, dando lugar a similitudes realmente sorprendentes entre unas y otras, incluidas las que conciernen al modo de relacionarse con el entorno. Los ejemplos de las cuevas del Caballo, de la que apenas dista un par de kilómetros, y del Algarrobo (no más de diez), nos hacen sospechar de un aire grupal que casi raya en lo familiar, si es que no en una misma unidad de producción *in itinere*.

También en la Cueva de la Higuera nos encontramos con ese cortejo bromatológico común a todos los yacimientos regionales, en el que unos pocos mesomamíferos, esencialmente cabra y algunos ciervos, se convierten en las capturas de mayor interés económico. No obstante, y sin negar en ningún momento su alto rendimiento –no solo cárnico– para el grupo, llama la atención la fuerte presión que tanto los habitantes de La Higuera como los de las estaciones vecinas ejercieron sobre los lagomorfos, especialmente los conejos; una disponibilidad alta, desde luego, y un sistema de bajo coste energético para su provisión basado seguramente en el trampeo, hicieron posible un altísimo número de capturas, dando así lugar a un cómputo de restos de esta especie realmente elevado.

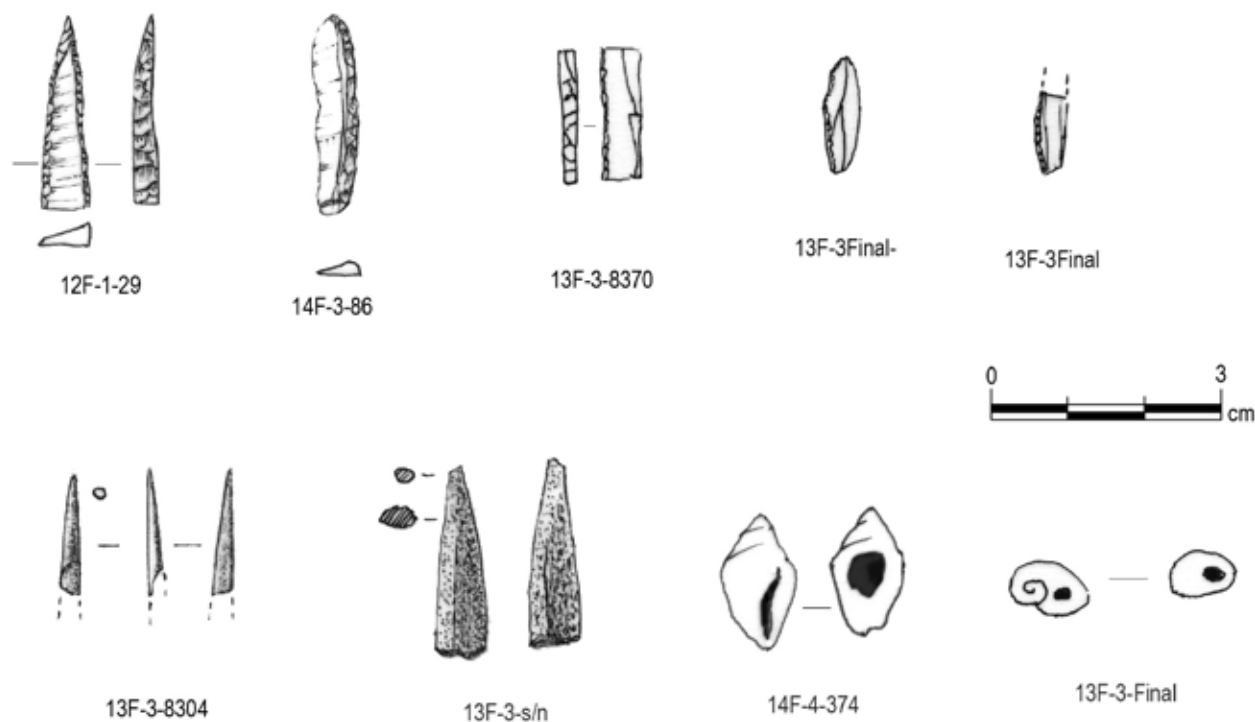


Fig. 13. Industria lítica, ósea y objetos de adorno. Paleolítico superior.

Otro tanto cabe decir de los gasterópodos terrestres, entre los que la especie *Iberus gualterianus* (*morfo alonensis*) alcanza densidades tan altas (fig. 14), que podría decirse que nos hallamos ante auténticos concheros, en este caso mixtos, aunque aquí no revisten las formas más características de este tipo de deposiciones, que suelen estar algo separadas de las áreas más transitadas, sino que se encuentran inmersos en el mismo espacio gestionado por el grupo compartiendo lecho de uso y circulación en la cavidad. Sirva de ejemplo el cuadro 13F, donde en medio metro cúbico excavado se contabilizaron más de dos mil individuos de esa especie, todos adultos y sin duda seleccionados intencionadamente por su tamaño. Obviamente, el rendimiento cárnico de estos caracoles, popularmente llamados serranas, (vaquetas en el área valenciana), una vez desprovistos del alto contenido en agua que poseen, es bajo, y el volumen de conchas acumuladas puede resultar engañoso si de ello se extrae la conclu-

sión de que este aporte fue más allá de una contribución complementaria para la dieta.

Al igual que ocurría en la vecina Cueva del Caballo, es la pesca otra de las actividades importantes, si no la que más, entre las llevadas a cabo por los pobladores de La Higuera. Su peso específico, sin ser tan alto como en la etapa neolítica, es muy destacable y son particularmente reseñables los restos de espáridos. En cuanto al marisqueo, las especies que están presentes casi coinciden con las del Neolítico, pero las proporciones varían entre una y otra etapa, siendo en nuestra opinión ésta una cuestión que debería ser puesta en relación con la distancia que separaba la cueva de la costa; casi con toda seguridad mayor durante los episodios fríos del final del Paleolítico, lo que daría sentido a esa menor presión mariscadora que el depósito de la cueva acusa en este período.



Fig. 14. Detalle de un conchero mixto. Paleolítico superior.

DESCRIPCIÓN DE LA FIGURA

Se trata de una representación antropomorfa bastante esquemática y de considerable tamaño (45 centímetros de altura), ejecutada en color rojo oscuro (7.5 R 2,5/4) y llevada a cabo en un paño de roca a medio camino entre la visera del vestíbulo y la sala central. Su emplazamiento no parece casual, sino un hecho meditado, con un soporte bien escogido entre los potenciales inmediatos al paso obligado que discurre a su lado, y sobre todo, el que más frontalidad otorga a la representación. Su estado de conservación, aunque estable, no es el mejor entre los deseables, y ha llegado hasta nosotros bastante erosionada, con pérdidas especialmente significativas a partir del vientre (Fig.15 a-b).

Representa a una figura humana en posición estática, frontal. La cabeza, que casi no se distingue del grueso cuello, está abultada en la parte superior, tal vez sugiriendo el cabello o algún tipo de bonete. Tanto la cabeza como el cuello están perfectamente separados del tronco, que resulta estrecho y largo sin distinción de cintura.

En las extremidades superiores, el contorno en línea casi quebrada permite distinguir unos brazos relativamente cortos en contraste con unos antebrazos desproporcionadamente largos y abiertos. La porción inferior de la figura está perdida –o no se concluyó– quedando tan solo una pequeña mancha con la que posiblemente estuvo en relación.

Por el tamaño y la forma que adopta, la figura de la Cueva de la Higuera se acomodaría en el grupo macroesquemático de carácter seminaturalista, poco estereotipado desde luego, para el que no es fácil acomodar paralelos. Siendo la única manifestación pictórica de la cueva, y estando además en un contexto comarcal carente de otros ejemplos pictográficos, pocos modelos y variables podemos contrastar, tanto más cuando las estaciones neolíticas son aquí pocas y mal conocidas, lo que lastra aún más si cabe nuestro propósito de explicar la pintura de la Cueva de la Higuera bajo criterios sociales, espaciales y temporales dentro de su marco regional.



Fig. 15 a. Antropomorfo. Fotografía. Cueva de la Higuera.



Fig. 15 b. Antropomorfo. Calco. Cueva de la Higuera.

No obstante, es innegable que tanto el contexto arqueológico que la arropa, como la propia figura, nos están refiriendo a ese mundo simbólico del arte macroesquemático que se asocia al Neolítico antiguo de la fachada mediterránea y que agrupa tanto al sector oriental aragonés, como a otras áreas geográficas peninsulares (Bicho et alii, 2000; Arias, 1997)); conformando todas ellas una rica tradición iconográfica plagada de orantes, ancoriformes, piernabiertos, antropofomos radiados, serpentiformes, geminados, etc., cuyo origen habría que situar, según Hernández (2000) en el núcleo anatólico de Çatal Hüyük, y en sus derivaciones balcánico-chipriotas. Los mejores exponentes de este arte en la Península Ibérica han sido señalados no solo en escenarios rupestres, sino también en las impresiones de la cerámica cardial, y hasta en algunos cantos rodados pintados, lo que trasciende a la exclusividad de los soportes rupestres y abre este simbolismo a nuevos espacios, que van desde las paredes rocosas de los abrigos hasta los objetos de uso cotidiano.

Son muchos los ejemplos que podrían citarse por sus parecidos formales con la pintura de La Higuera; o mejor dicho, reconocer en ellos algún aire de familia, ya que no existe un paralelo exacto del que echar mano. Y es precisamente en la vecina provincia de Alicante donde encontramos las manifestaciones que más la recuerdan. El extenso núcleo que forman sus serranías interiores está plagado de este arte macroesquemático, indisolublemente ligado a los primeros agricultores y ganaderos neolíticos (Hernández et alii, 2000). Nos parece que son aquí particularmente reseñables las dos figuras del panel 13 en el abrigo II de La Sarga, que si no encuentran un exacto acomodo pictográfico con el modelo de la Higuera, si que cumplen con ese aire familiar al que antes nos referíamos, encuadrándose muy bien nuestra figura al parámetro que les es común a todas ellas: su gran tamaño. El ejemplo de las figuras del panel 1, en el abrigo IV del Plá de Petracos, aunque un tanto alejada de la rigidez formal de la Higuera, no oculta un cierto parecido genético y un tamaño semejante, enfatizando ese sentido religioso que parece impregnar a todas estas imágenes; una tendencia que como apunta M.S. Hernández (2000:13), habría que relacionar con los cultos de tipo agrícola.

La escabrosa cuestión del lugar donde fueron pintadas estas manifestaciones, que según ese mismo autor se resuelve alejada de los lugares donde vivieron, no se

cumple en La Higuera, que cuenta con un interesante depósito arqueológico a sus pies, como tampoco lo hace ese ambiente interior y serrano donde prolifera la mayor parte de este arte macroesquemático, sino que aquí se nos muestra en un espacio geográfico bien distinto como es la costa. No es, desde luego, un hecho aislado, y no hay que andar muy lejos para encontrar en tierras alicantinas otra estación con arte esquemático pegada al mar, nos referimos a la problemática figura de la Cueva de las Arañas del Carabásí, que si no aporta concomitancias en sus aspectos formales, sí comparte al menos esa misma vocación marítima.

No parecen pues, los ambientes serranos, escabrosos e interiores, los únicos que acogen este tipo de manifestaciones, aunque sí es cierto que en ellos cobran un especial protagonismo. Los sugerentes ambientes de estos encajados valles repletos de cárcavas y farallones que salpican el Prebético oriental alicantino, se prestan como pocos para acoger este fenómeno cultural repleto de simbolismos que tan difícil resulta para nosotros descifrar en sus claves principales.

Si prescindimos del factor tamaño, las semejanzas formales con la pintura de la Higuera se multiplican. Los antropomorfos del abrigo I de Benirrama, considerablemente más pequeños, la tienen; y otro tanto habría que decir de los de Pinós y del Barranc de l'Infern; o incluso yendo más lejos, las figuras antropomorfas seminaturalistas del Remosillo, en la provincia de Huesca (Valdellou, V. et alii, 1996), pero el principal hecho diferenciador entre una y otras, el tamaño, se revela aquí como algo más que una simple proporción métrica, y toma en la Higuera su particular cuota de protagonismo, dándonos una sola figura de gran tamaño en el mejor panel, algo que en nuestra opinión solo puede sugerir la imagen de algo o alguien importante para la persona que allí la representó. Y es esa la única reflexión que hace volver nuestra mirada hacia esos extraños y descomunales -más de cuarenta centímetros en el arte esquemático ya lo son- antropomorfos de La Sarga, o de los llamados orantes del Plá de Petracos, para ubicarla en un contexto plausible; más allá, por supuesto, del modo en que unas y otras figuras disponen los brazos, o si son o no orantes, dioses o demonios.

EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Es verdad que no tenemos más claves que aquellas que nos proporciona el registro. No sabemos por qué se hizo la pintura, pero es seguro que estuvo dirigida a quienes se hallaban en condiciones de reconocerla: la misma entidad social desde la que se generó tal plasmación pictórica. Claves de autoafirmación, de advocación divina, de sacralización, de advertencia, pertenencia, o territorialidad tienen cabida, y aún muchas más, sin que podamos señalar ni un solo orden de relación entre ellas.

Desde luego, nada de lo que pueda inferirse del registro sugiere que el lugar estuviese investido de un componente sacralizado, al menos en el horizonte neolítico hasta ahora excavado. La Cueva de la Higuera está prácticamente a la orilla del mar, y del mar se obtuvieron una buena parte de los alimentos que allí fueron consumidos. En las dos salas de la cavidad, la central y el vestíbulo, se realizaron muchas de las actividades destinadas a la producción y consumo del grupo, como la talla de sílex, el cocinado de alimentos, el acopio de materias primas, etc., contando además con un lugar habilitado para arrojar los desperdicios y otros objetos amortizados, despejando en suma, cualquier duda sobre el papel que el yacimiento tuvo en su implicación con el territorio explotado, y que no parece especialmente ligado al concepto de lugar sagrado que sí subyace en otras escarpadas estaciones con arte rupestre del interior.

La pesca, sometidos los sedimentos a flotación y a un exhaustivo recuento de las evidencias, deviene aquí como la principal fuente de provisión proteínica, muy por encima de la aportada por los ungulados, siendo los espáridos el grupo mejor representado. La práctica del marisqueo, otra entre las importantes destinadas a obtener recursos nutrientes, se dirigió sobre dos especies de alto interés y bajo coste energético: *Patella* y *Monodonta*. No se han encontrado hasta ahora restos vegetales de especies cultivadas, pero sí unos pocos fragmentos óseos de oveja, lo que reafirma la decidida vocación de pequeña unidad de producción doméstica de quienes la habitaron. La presencia de ovinos reafirma el carácter pecuario, complementario sin lugar a dudas de las actividades arriba mencionadas, y nos atreveríamos a decir que también de algún tipo de cultivo, pese a no tener por el momento ningún registro.

Objetivamente hay en el horizonte neolítico divergencias significativas respecto a las últimas ocupaciones paleolíticas, demasiadas como para pensar en vínculos de herencia cultural entre una y otra etapa. Naturalmente, la explotación de un medio común en ambos, el mar, y el hecho de habitar el mismo lugar, le confieren tintes de uniformidad, un hecho incontestable que no oculta sin embargo las diferencias de bulto que laten entre esas dos formas de producción y consumo; de reproducción social al fin y al cabo.

Así pues, los vínculos entre el arte -término que asumimos aquí sin ninguna acepción *dilettante*- y el espacio socializado de La Higuera vienen a desencajar la cuadratura de los ambientes serranos e interiores tenidos por propios del arte rupestre, acercándonos a una realidad distinta y no por fuerza más despreciable, como es la presencia de arte rupestre en una estación de vocación pesquera; otra forma de ganarse la vida, que no viene sino a refrendar el interés que también las poblaciones neolíticas mostraron por esa fuente casi inagotable de recursos permanentes que ofrece el mar, complementando la caza y sus pequeñas cabañas domésticas para superar ese modelo dual agricultura-ganadería al que indefectiblemente y casi con monótona exclusividad parecían conducirnos los patrones de asentamiento durante la neolitización.

Otros yacimientos neolíticos de la costa murciana parecen responder a ese mismo esquema que se configura en La Higuera. Alguna excavación aislada y muchos saqueos son los responsables de que la mayor parte de estas estaciones costeras sean todavía mal conocidas, o se hayan perdido para siempre, y que no dispongamos de precisiones cronológicas, más allá de aquellas que provienen de unos pocos paralelos cerámicos. No obstante, en todas ellas parece latir un versátil modelo de captación adaptado a los diferentes ambientes y territorios, que fue puesto en práctica por unos grupos que aparentemente no difieren en lo más esencial y que funcionaron bajo un mismo patrón, ya se trate de poblados o de abrigos rocosos. Tales son los casos del poblado del Cerro de San Joaquín y de las estaciones neolíticas de la Cueva de los Pájaros y Los Mejillones, todas ellas en el área de Portmán-Cabo de Palos, y que abonan la hipótesis de una movilidad grupal a pequeña escala, dentro del lógico aprovechamiento integral de los recursos del entorno, tal como ha sido señalada para el sector valenciano (Fairén, 2004:29), aunque en el

caso de la costa murciana, materializada bajo algunas peculiaridades bioclimáticas a las que conviene no perder de vista a la hora de explicar su poblamiento.

Y es precisamente en las potencialidades del suelo donde hay que señalar que el litoral murciano padece un déficit hídrico importante, con precipitaciones que rara vez superan los 250 mm. Una aridez que se implanta no solo en el ámbito climático, sino también en el edáfico, y que se traduce en suelos pedregosos y vertientes desnudas, con escaso desarrollo húmico, donde los cereales nunca han sido cultivos de alta rentabilidad entre los ambientes agrícolas tradicionales. Por el contrario, los pequeños rebaños de ovejas y cabras, bien adaptados a práctica del ramoneo, como ya se ha visto en la cabaña neolítica del sector valenciano, (Pérez Ripoll, 1999), pudieron cumplir en estas latitudes con el ineludible requisito de paliar su menor potencial agrícola, garantizando como ya se ha dicho, esa complementariedad entre los recursos marinos y los de origen vegetal.

DISCUSIÓN

Solo asumiendo la capacidad humana para transformar la naturaleza, alejando los postulados de corte adaptativo, estaremos en condiciones de afrontar un análisis más riguroso de los pobladores de la Cueva de la Higuera. Lejos de aclimataciones de corte provincial, el arte rupestre, expresión social genuina fin y al cabo de los espacios socializados, trasciende a las divisiones biogeográficas para instalarse en ambientes culturales, ideológicos y religiosos no regidos por la climatología ni la orografía. El camino correcto de la interpretación del arte rupestre no puede apartarse del entramado social que lo sustenta, y poco importa que continuemos definiendo provincias, estilos y escuelas si no corregimos nuestra defectuosa visión que tanto nos ha forzado a mirarlo desde prismas distorsionantes, como en su día lo fueron aquellos de la admiración y la singularidad.

La cuestión del tránsito –salto para otros- entre el final del Paleolítico y el Neolítico, sigue alimentando debates no del todo resueltos, aunque es verdad que la mayor parte de los autores que se han ocupado de esta problemática coinciden en señalar su gran complejidad.

Así, el modelo de colonización propuesto hace años por A.J. Ammerman y L.L. Cavalli-Sforza (1973, 1984), recientemente retomado (Ammerman 2002) ha vuelto

a dejar sobre la mesa la cuestión de la difusión démica pareja a los logros agrícolas como el sistema de fijación del neolítico en el occidente europeo (*wave of advance*), una teoría basada en un puro mecanismo demográfico de dos velocidades, la de las poblaciones neolíticas colonizadoras, con una tasa de crecimiento muy elevada, y la de los epipaleolíticos-mesolíticos locales, que según tal hipótesis habría de resultar en ese mismo tiempo escasa, si es que no prácticamente nula. El efecto del frente de ola quedaría ratificado por la correlación entre los gradientes de frecuencias genéticas aportadas con la expansión y la dirección geográfica (SE-NW) que arrastró consigo la difusión neolítica.

No hay duda de que algunos de los problemas que plantea la neolitización en la Península Ibérica hallarían respuesta si siguiésemos ese modelo de frente de ola. Así, por ejemplo, la cerámica cardial, siempre vinculada a yacimientos de cronología antigua, sería el exponente de la más pura tradición neolítica, con gentes y culturas distintas de aquellas que arrastraban las viejas tradiciones epipaleolíticas, que solo filtrarían algunos elementos neolíticos sin variar sustancialmente su modelo cazador-recolector. La idea de tal dualidad cultural tendría su reflejo en espacios bien delimitados y diferenciados; una territorialidad excluyente y en el fondo resultante de incompatibilidades entre dos sistemas básicos de explotación del medio, como lo eran la agricultura y el pastoreo frente a la caza y la recolección (Juan-Cabanilles y Martí, B. 1995).

Otros autores han encontrado objeciones importantes a este modelo de expansión neolítica (Arias, 2000; Bocquet y de Miguel, 1995) argumentando la visión excesivamente simplista de la relación agricultores-cazadores, suponiendo una retirada automática de éstos ante el empuje de los nuevos colonos. Pero visto desde un prisma biológico, los gradientes genéticos supuestos que probarían la expansión démica neolítica, pueden también interpretarse en términos de una hipótesis contraria: la de la acción de la selección natural sobre las poblaciones locales, de acuerdo con la intensidad de las enfermedades aportadas por la agricultura y la ganadería (Fix, 1996). Finalmente, otros procesos de colonización, aculturación e interacción han sido argumentados en base a procesos de regionalización y contactos entre agricultores-ganaderos y grupos indígenas (Bernabeu, Pérez, Martínez, 1999).

Si el modelo de expansión neolítica llegó a funcionar como lo recién descrito, el proceso de neolitización, además de complejo, debió transcurrir en un tiempo relativamente corto sobre zonas bajo diferentes grados de receptividad. Si a ello unimos las hipotéticas bajas que pudieron causar ciertas enfermedades venidas con el modelo agricultor y ganadero sobre poblaciones no inmunes, podemos hallar algunas respuestas a las muchas interrogantes que hoy planean sobre el proceso de neolitización y su rápida imposición. En todo caso, queda claro que la tasa de natalidad que acompañó a los agricultores es más alta que la de los cazadores-recolectores, sencillamente porque su fecundidad media es más elevada, y en ello es preciso buscar una de las causas que más la propiciaron: el acortamiento de la edad del destete. El cambio de alimentación (introducción de gramíneas, productos lácteos, etc) junto a otros cambios relacionados con la división del trabajo, han podido ser la causa técnica del acortamiento de la edad de la lactancia y, por tanto, de una elevación concomitante de la fecundidad (Bocquet-Appel y De Miguel 1995:36).

La apuesta por un contacto directo entre el substrato poblacional indígena finipaleolítico y los núcleos neolíticos, mediando una aculturación activa, parece cobrar sentido cuando se observan los contextos arqueológicos cardiales, entendiendo que existe un papel dinámico y creativo en los grupos epipaleolíticos-mesolíticos respecto de su propia aculturación, sin que en ningún momento éstos llegasen a perder su identidad. Así se explicarían algunas hibridaciones y préstamos culturales, asumidos por los grupos indígenas, dentro de la más temprana neolitización (Barandiarán I. Cava A. 1992), mientras que para otros autores, la etapa Epipaleolítica-Mesolítica ya sería en sí misma la expresión de esos primeros contactos interculturales, dando lugar a lo que se ha convenido en llamar (J.Juan-Cabanilles, J. Martí, B., 2002) aculturación activa, sinónimo de una "colonización impulsora", que entraría en oposición a aquella otra llamada "colonización integradora" derivada de una aculturación pasiva; es decir, procedente de una neolitización mucho más absorbente ejercida sobre el substrato, que de ese modo pasaría a integrarse en la dinámica neolítica, esta vez sí, con una merma importante de su identidad. A esto último contribuirían el mayor potencial demográfico de las poblaciones neolíticas, y acaso también el progresivo acantonamiento territorial de los grupos epipaleolíticos-mesolíticos; dejando en

suma abierto el debate colonización-aculturación y sus implicaciones socioeconómicas y culturales.

Pero la cuestión más trascendente de este dualismo cultural entre neolíticos puros y neolíticos de tradición epipaleolítica –o viceversa- es determinar cuál es realmente el significado de lo que llamamos Neolítico y cuál su plasmación real en la Península Ibérica. El supuesto avance de grupos neolíticos campesinos por los nuevos territorios, en los que existiría un substrato de población indígena, crearía por fuerza variaciones significativas en los registros arqueológicos de esas zonas de frontera, ya fuesen de carácter tecnológico, en las formas de cultura material, o en los patrones de subsistencia. La división secuenciada en fases cerámicas, coincidiendo con la presencia o ausencia de determinados complejos, impresos-cardiales o geométricos, (Bernabeu, J. 2002) plantea una sugerente línea de trabajo en la que el arte rupestre, en sus diferentes estilos pictóricos, se asociaría a cada una de estas fases. Así, el arte macroesquemático-esquemático, que para Bernabeu es conceptualmente lo mismo en origen, estaría vinculado a la fase Impreso-cardial, mientras que el levantino, más tardío, quedaría emparentado con los territorios del complejo geométrico y directamente relacionado con el estilo cerámico epicardial. Ambos, según el mismo autor, formarían parte del fenómeno cultural Mesolítico, y ambos también serían una respuesta ante la amenaza de asimilación o marginación; una alternativa en suma a los cambios económicos y al dominio ideológico que impulsaban los grupos neolíticos, a pesar de que esta reacción, según el propio Bernabeu, no hizo sino allanar el camino hacia las transformaciones sociales que a la postre traerían la neolitización completa de los grupos mesolíticos.

Una línea argumental no muy alejada del modelo dual es igualmente propuesta para los yacimientos del Valle del Ebro, aunque en opinión de P. Utrilla (2002), el estilo levantino clásico pudo estar vigente ya incluso en el Epipaleolítico, arraigando posteriormente con mayor fuerza en el Neolítico. En todo caso, donde no parece haber desencuentros científicos es en la posición que el arte rupestre macroesquemático ocupa dentro de la secuencia, siempre ligado a las etapas más tempranas de la implantación de las formas de vida neolíticas, independientemente de quiénes fuesen sus autores, y dotado de una temática mágico-religiosa que poco tiene que

ver con las escenas de caza y recolección de ese arte tan narrativo, como sin duda lo es el levantino.

Trasladando esta misma problemática al caso que nos ocupa, sorprende en la costa murciana la ausencia de arte levantino –y si exceptuamos el antropomorfo de La Higuera, hasta cualquier tipo de arte rupestre- lo que nos hace plantear algunas interrogantes para las que no encontramos una fácil respuesta. En primer lugar, hemos de señalar que el territorio costero cuenta con un elevado número de estaciones paleolíticas conocidas y muchas de ellas excavadas, que se extienden desde el Paleolítico medio hasta el final del Paleolítico superior; sin embargo, no contamos con registros arqueológicos que puedan ser adscritos al Epipaleolítico geométrico-Mesolítico, y a decir verdad, tampoco a las fases iniciales del estilo impreso-cardial, que parecen tener su frontera en las comarcas del centro y norte de la

actual región murciana, donde sí aparecen con cierta profusión.

Podría pensarse que tal situación de vacío no es más que la consecuencia de una laguna en la investigación, y que el tiempo y la andadura científica terminarán poniendo las cosas en su sitio. Pero aún así, no dejamos de preguntarnos si la aparición de las formas de vida neolíticas; o si se prefiere, su expansión por estas latitudes, pudo encontrar algún tipo de freno a su avance. Asumiendo que las ideas corren más deprisa que las personas, -o al menos tanto como ellas- es extraño que teniendo el vigoroso foco del neolítico alicantino a doscientos kilómetros, no alcanzara en tiempo y forma parecida estas latitudes, tanto más cuando la cerámica cardinal está en los registros arqueológicos de algunos yacimientos murcianos, como Los Grajos o Los Abrigos



Fig. 16. Dominio biogeográfico murciano-almeriense.

del Pozo, ambos en el valle del Segura, y apenas separados por un centenar de kilómetros de la Higuera.

La cuestión empieza a cobrar sentido cuando observamos los límites de la llamada Provincia Biogeográfica Murciano-Almeriense (fig.16), que constituye un territorio con entidad propia y que es ajeno por completo a los límites político-administrativos que hoy rigen para esta porción del sureste de la Península Ibérica (Riviera, D. y Alcaraz, F., 1986). Un espacio geográfico que comprende el sur de la actual provincia de Alicante, la mitad meridional de Murcia, y el sector sur-oriental de Almería, caracterizado por una marcada aridez, no solo climática sino también edáfica, y que se sitúa dentro de los márgenes extremos dentro del clima mediterráneo.

No se trata de asumir un determinismo geográfico, desde luego, pero pensar en la posibilidad de que unas condiciones adversas para la agricultura se convirtiesen en un hecho disuasorio del poblamiento para estas comunidades neolíticas, al menos en su progresión inicial, no sería descabellado. Lejos de los conflictos mesolíticos y de las interactivas tierras de frontera, estas latitudes bajas del sureste bien pudieron quedar al margen de ese vigoroso mundo del arte rupestre levantino, manteniéndose alejadas de las expresiones más genuinamente neolitizantes, como lo sin duda lo es la cerámica cardial.

Llegados a este punto, y sin abandonar ese escabroso terreno de las hipótesis en el que nos venimos moviendo, podríamos concluir que el modelo que encontramos en la Cueva de la Higuera se desarrolló en un momento antiguo, pero no inicial de la fase neolítica, sobre un territorio que acusaba una notable merma poblacional tras quedar periclitadas las últimas ocupaciones paleolíticas, bajo condiciones adversas para el desarrollo agrícola. Los portadores de esas cerámicas impresas no cardiales asumirían el papel, esta vez sí, colonizador de unas tierras con baja productividad (sus suelos realmente sí que lo son, aunque totalmente dependientes del riego) que encontrarían en las pequeñas cabañas de ovicápridos, y sobre todo en la pesca, los pilares de una economía de suficiencia.

Así pues, la verdadera neolitización de las tierras bajas del sureste, entendida en su más exacta definición, solo pudo hacerse efectiva cuando el control de las aguas de riego estuvo en condiciones de garantizar las cosechas. Unos suelos poco lavados con elevadas concentraciones

de minerales y alta insolación tenían que ser por fuerza productivos, pero los mecanismos que obraron el milagro aún iban a tardar siglos en llegar, y solo fueron activados cuando el empuje de las primeras sociedades metalúrgicas generaron ese potente foco cultural tan surestino que conocemos como cultura de El Algar, algo que además de alejado en el tiempo, y que poco tiene que ver con el neolítico que vislumbramos en la Cueva de la Higuera.

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a quienes hicieron suyo este proyecto, aportando experiencia y capacitación: a mi compañero José Luis Sánchez Gómez, pionero en la investigación de este yacimiento, a los profesores Mario Sánchez Gómez, de la Universidad de Jaén, y Ernestina Badal, de la Universidad de Valencia, que no quisieron perderse ninguna campaña. A Stella Moreno, de la Universidad Politécnica de Cartagena, siempre dispuesta para llevar a cabo las analíticas que le solicitamos. A nuestro ingeniero topógrafo Tomás Morillas, por su impagable e impecable trabajo; a Mariona Portí, que se ocupó de la fauna. A Juan A. Fernández Labaña, del Servicio de Restauración de la Comunidad Autónoma de Murcia, por su valiosa contribución en la aplicación de la reflectografía de infrarrojos. A los estudiantes y amigos que regularmente han venido colaborando en los trabajos de excavación: María Amparo Foj Portalés, María Fuentes Sánchez, Rosalina Gallego Vidal, María Victoria García Aboal, Tania García Hernández, Leticia López Mondéjar, Luis López Gómez, Julián Lorente Guerrero, Alicia Martínez Barnuevo, Silvia Martínez Portí, Mari Carmen Melgarejo Abril, Carmen Monerri Cerezo, Soraya Moret Lorens, Javier Ramón Alcaraz, y Gerhard Woertche.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS CABAL, P. (2000): De cazadores a campesinos. *Historia de la Humanidad*. Arlanza ediciones. Madrid.
- ARIAS CABAL, P. (1997): *Marisqueros y agricultores: Los orígenes del Neolítico en la fachada atlántica europea*. Universidad de Cantabria, Santander, 106 pags.
- BALDELLOU, V., PAINAUD, A., CALVO, M.J., AYUSO, P. (1996): Las pinturas rupestres de Remosillo en el congado de Olvena (Huesca). *Bolskan* 13, pp, 173-215. Huesca.

- BARANDIARÁN, I. CAVA, A. (1992): Caracteres industriales del Epipaleolítico y el Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos. En P. Utrilla (ccord.) *Aragón-litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Homenaje a Juan Maluquer. Zaragoza 1990, pp, 181-198.
- BERNABEU, J. (2002): The social and symbolic context of neolithization. *Saguntvm*. Extra 5. El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Universidad de Valencia, pp, 209-233.
- BICHO, N.F.; STINER, M.; LINDLY, J.; FERRING, C.R. (2000): O proceso de neolitização na costa sudoeste. En P. Arias et alii (coordinadores): *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular. Vila Real. 1999. Vol. 3. Porto, pp. 11-22.
- AMMERMAN, A. J.; CAVALLI-SFORZA, L.L. (1973): A population model for the difusión of early farming in Europe. En C. Renfrew (Ed.): *The explanation of Culture Change*. Duckworth. London.
- AMMERMAN, A. J.; CAVALLI-SFORZA, L.L. (1984): *The neolithic transition and the genetics of populations in Europe*. Princeton University Press.
- AMMERMAN, A.J. (2002): Returning to the Neolithic transition in Europe. *Saguntum* Extra 5, pp 13-22. Valencia.
- BERNABEU, J. (2002): The social and symbolic context of Neolithization. *Saguntum* Extra 5, pp.209-233. Valencia.
- BERNABEU, J.; PEREZ RIPOLL, M.; MARTÍNEZ VALLE, R. (2002): Huesos, neolitización y contextos arqueológicos aparentes. En J. Bernabeu y T. Orosco (eds.) II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. *Saguntum* Extra 2, pp 589-596. Valencia.
- BOCQUET-APPEL, J.P.; DE MIQUEL IBÁÑEZ, M.P. (1995): Demografía de la difusión neolítica en Europa y los datos paleoantropológicos.
- FAIRÉN JIMÉNEZ, S. (2004): Movilidad y territorialidad. El poblamiento neolítico en las comarcas centro-meridionales valencianas. *Saguntum* 36, pp. 23-34. Valencia.
- FIX, A.G. (1996): Gene frequency clines in Europe: Demic diffusion or natural selection ?. *Anthrop. Inst. (NS)* 2, pp. 625-643.
- GARCIA DEL TORO, J. (1988): Las pinturas rupestres de la cueva-sima de La Serreta (Cieza, Murcia). Estudio preliminar. *Anales de Prehistoria y Arqueología* nº 4. Universidad de Murcia.
- GÓMEZ VIZCAÍNO, A. (2005): *Tierras de Poniente: La Azohía - Isla Plana*. Editorial Aglaya, 269 págs. Cartagena.
- HERNÁNDEZ, M.S. (2000): Sobre la religión neolítica. A propósito del arte macroesquemático. *Scripta in honorem Enrique Llobregat*. Vol. I., pp.137-155. Alicante.
- HERNÁNDEZ, M.S.; FERRER, P.; CATALÁ, E. (1988): *Arte rupestre en Alicante*. Fundación Banco Exterior, Banco de Alicante. 312 págs.
- HERNÁNDEZ, M.S.; FERRER, P.; CATALÁ, E. (2000): L'Art Esquemático. Catálogo de la Exposición. Centre d'Estudis Contestans. Coceintaina, 2000. 287 págs.
- JUAN-CABANILLES, J. MARTÍ OLIVER, B. (2002): Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio a.C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización. *Saguntum* 5 (extra) El paisaje neolítico mediterráneo, pp, 45-87. Valencia.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1985a): La Cueva de la Higuera. Una nueva estación de arte rupestre en la costa de Cartagena. *Revista de Arqueología* nº 53. Madrid.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1985b): Las pinturas rupestres de la Cueva de la Higuera. Isla Plana (Cartagena). *Caesaragusta* 61-62, pp. 79, 93. Zaragoza.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (2002): La Cueva del Algarrobo (Mazarrón, Murcia). Balance de las intervenciones de 1986 a 1996. *Memorias de Arqueología* nº 11. Servicio de Patrimonio Histórico, pp. 45, 66. Murcia.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (2003): Nuevas propuestas para el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras en el sureste peninsular. *Estudios de arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia*. Universidad de Murcia, pp. 145, 154. Murcia.

MARTÍNEZ ANDREU, M.; SÁNCHEZ GÓMEZ, J.L. (1986): La comarca de Cartagena. La Cueva de la Higuera. El Arte Rupestre. En: Mas, J. (Dir) *Historia de Cartagena*. T. II, pp. 209, 218. Ediciones Mediterráneo. Murcia.

MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (2005): Intervención arqueológica en los Abrigos del Pozo (Calasparra). XVI Jornadas de Patrimonio Histórico. Intervenciones en el Patrimonio Arquitectónico, Arqueológico y Etnográfico de la Región de Murcia. Págs. 239-240. Murcia.

PEREZ RIPOLL, M. (1999): La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica. II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica. *Saguntum* extra 2, pp. 95-103. Valencia.

RIVERA, D.; ALCARAZ, F. (1986): Aspectos botánicos. El medio natural. En Mas, J. (Dir) *Historia de Cartagena*. Vol. I, pp. 193-240. Ediciones Mediterráneo. Murcia.

SALMERÓN JUAN, J.; LOMBA MAURANDI, J. (1995): El arte rupestre postpaleolítico. *Historia de Cieza*. Vol I, pp.91-115. Murcia.

SOLER DÍAZ, J. (2012): Cova d'en Pardo. *Arqueología en la Memoria*. Alcoi. 318 págs.

UTRILLA, P. (2002): Epipaleolíticos y neolíticos en el Valle del Ebro. *Saguntvm*. Extra 5. El paisaje en el Neolítico mediterráneo. Universidad de Valencia, pp, 179-208.

VIÑAS VALLVERDU, R.; SARRIÁ BOSCOVICH, E. (1980): Notas de una campaña de arte rupestre en Sierra Morena. *Caesaragugusta* 51-52, pp.11-20. Zaragoza.